

Los años finales de Alejandro Janneo fueron tristes. La nación, irridada, le hacía todos los agravios que no podía reprimir él inmediatamente. No tenía más que cuarenta y cinco años, pero estaba muy agotado. Para aturdirse, se emborrachaba, y este vicio le produjo una fiebre que en tres años le extenuó. Le atormentaban sombrías preocupaciones. Veía a sus hijos asesinados o expulsados por el partido poderoso al que había irritado, y que era en cierto modo la nación. La reina Salomé-Alejandra era una mujer de una devoción rígida y simpática a los fariseos. Había censurado las medidas rigurosas adoptadas por su esposo contra aquel partido. Janneo creyó poder salvar una situación desesperada, y le otorgó el poder para cuando él muriese, y a su hijo Hircano el Pontificado. De esta forma se vencía la dificultad que desgarraba a Israel desde hacía cincuenta años, separando el pontificado y la realeza.

Alejandra era una mujer muy capacitada para esta misión. Después de morir Aristóbulo I, había dispuesto de la monarquía. Ansiaba frenéticamente el poder. Despreciaba a los hombres y creía que en las cuestiones dinásticas cometen menos faltas las mujeres. Para salirse con su empeño no atendía a la justicia ni a la honradez. Su devoción parece haber sido una ortodoxia exterior que no implicaba delicadeza de alma ni pureza de corazón.

A pesar de estar debilitado, Janneo no dejaba de atender a sus deberes militares. A los cuarenta y nueve años se fue a sitiar a Ragaba, allende el Jordán, y tuvo menos accesos de calentura. Supónese que en el lecho de muerte aconsejó a Salomé-Alejandra, como único medio de salvar la dinastía, que se echase en brazos del partido al cual había él

ofendido mortalmente. Posiblemente lo dijera, pero hay que recordar que estos relatos han llegado hasta nosotros después de haber pasado por el odio farisaico.

Alejandra se encargó, en efecto, del poder al morir su marido, y entonces ocurrió un cambio singular. Contentos con disponer de la autoridad y dominar a la reina, los fariseos se expresaron de un modo muy distinto que hasta entonces, acerca de su marido. Ahora afirmaban que había sido un gran soberano, justo para ellos. Se hicieron a Janneo funerales magníficos, y parecía que no había habido príncipe más glorioso en Israel.

Gobernó Alejandra nueve años en completa paz. Hircano, hijo mayor de Janneo, naturaleza floja y poco inteligente, fue sumo sacerdote. Se prescindió de su hermano Aristóbulo, capaz y activo. Los apuros motivados por la confusión de ambos poderes desaparecieron durante algún tiempo. Los fariseos estaban contentos porque disponían de todo. Los saduceos no murmuraban mucho, porque eran ricos.

El reinado de Alejandra (71-69) fue el de los fariseos. Tuvieron en las manos el poder e hicieron triunfar sus ideas con su intolerancia acostumbrada. Hicieron volver a los desterrados de su partido y abrieron las cárceles sin pedir permiso a nadie. La reina era muy popular y se le agradecía la severidad con que censuraba las fechorías de su marido y declaraba querer adoptar distinta conducta. Invitaba al pueblo a seguir las reglas farisaicas y retiró las ordenanzas de Juan Hircano, contrarias a las supuestas tradiciones de los fariseos.

Éstos, lógicamente, abusaron del poder que se les entregaba. No dejaban descansar a la reina. Le pedían sobre todo el suplicio de los que habían sostenido a Janneo contra los fariseos rebeldes. Un tal Diógenes (indudablemente jefe de los mercenarios) fue entregado a su venganza, y tras él fueron otros. El terror se extendió entre los oficiales del ejército y Aristóbulo se puso al frente de los descontentos. Su lenguaje era violento y declaró que de tener fuerzas para ello, no permitiría a su madre seguir semejante política. Los oficiales fueron un día a palacio con Aristóbulo y se quejaron vivamente de verse sometidos a gente que quería degollarlos. Si aquello había de seguir así, preferían que se les licenciase. Los enemigos a quienes habían combatido con Janneo, sabían lo que valían y con seguridad los tomarían a su servicio. Por lo menos, querían que se los repartiera en las guarniciones de provincias, donde estarían más descansados. Aristóbulo apoyaba estas reclamaciones con injurias contra su madre y reconvenciones a los oficiales, por haber consentido que reinara una mujer ambiciosa, como si su marido no tuviera hijos.

Estando apurada Alejandra por la necesidad, cedió a las reclamaciones de los oficiales. Se les envió a las fortalezas de las provincias, reservando a las tropas adictas a la reina los tres castillos de Hircania, Alexandrium y Maquero, donde estaban los tesoros de la corona. A Aristóbulo se le dio el mando de un ejército contra Tolomeo, hijo de Menneo, que asediaba la ciudad de Damasco. Esta expedición no tuvo ningún resultado serio.

Incluso estando muy ocupada en cuestiones religiosas, Alejandra no

descuidaba las atenciones profanas del gobierno. Sostenía bien a sus cuerpos de mercenarios. Los tiranos vecinos de Judea, entre otros Tolomeo, hijo de Menneo, tuvieron que permanecer en paz y dar rehenes. Habiendo invadido a Siria por aquel tiempo Tigranes, rey de Armenia, causó un gran terror. Sitiaba la ciudad de Acre y tocaba las fronteras del Norte. Alejandra le mandó presentes considerables. La entrada de Lúculo en Armenia obligó a Tigranes a marcharse de Siria y volver a sus Estados.

Alejandra iba envejeciendo y la situación de Aristóbulo era intolerable. Veía que al morir su madre los fariseos se apoderarían por completo del poder y decidió dar un golpe de Estado, sin confiar el secreto más que a su mujer. La dejó en Jerusalén con sus hijos, y acompañado de un criado, visitó las fortalezas en que estaban como internados los guerreros amigos de su padre. Empezó por Agaba, donde convenció al oficial llamado Galeste. Lo mismo sucedió en las demás fortalezas. Todos se sumarían a la rebelión. Enterada Alejandra de la marcha de su hijo, entró en sospechas, que se convirtieron en evidencias. Aristóbulo conspiraba. El bando fariseo, viendo el peligro, aconsejó a la reina que tomase en rehenes a la mujer y a los hijos de Aristóbulo y los encerrara en la torre Baris, inmediata al templo. Mientras, crecía el partido de Aristóbulo, y le rodeaba una corte, como a un rey. En quince días visitó 22 fuertes, se proveyó de dinero y levantó un ejército. Los jefes del pueblo e Hircano apremiaban a la reina para que hiciera algo, pero la vieja ambiciosa parecía herida de muerte. Sus fuerzas estaban agotadas, y expiró en la primera mitad del año 69.

Permaneció durante nueve años, que era bastante, pero realmente perdió la casa asmónea. Como no veía más que las dificultades del día, sacrificaba lo porvenir a lo presente. Al hacerse amiga de los que querían la ruina de su casa, quitó a la dinastía sus mejores ayudas, o sea aquellos oficiales que habían constituido la grandeza del reinado de Janneo. Poco se gana con hacerse amigo de los enemigos. Las personas cuerdas la consideraron responsable de los disturbios que siguieron a su muerte y que produjeron el fin de la dinastía. Los fariseos la colmaron de elogios y consideraron su reinado una edad de oro.